

EL ARQUITECTO, LA ARQUITECTURA Y LA SOCIEDAD

El arquitecto suizo Max Bill fué invitado por el Gobierno brasileño a visitar las realizaciones arquitectónicas de aquel país. Allí dió una conferencia, cuyo texto, por cortesía de la publicación argentina Revista de Arquitectura, se reproduce en estas páginas.

Si he de hablarles de manera muy positiva, no será con la intención de hacer una crítica destructiva ni para censurar, en ningún caso, los notables resultados de la arquitectura brasileña, de la cual quiero citar, ante todo, la famosa Unidad de Habitación de Pedrogulho, en Río de Janeiro, absoluto éxito en el plan urbanístico, arquitectónico y social. Aceptad, por tanto, mis sinceras palabras como las de un amigo de vuestro bello país.

Yo no conocía el arte y la arquitectura brasileña sino a través de reproducciones, y de esa manera se tiene siempre una visión algo deformada. Tal vez no sea prudente que exprese hoy abiertamente la impresión que tengo de la situación artística en vuestro país, y, principalmente, de esa situación en el campo de la arquitectura. Cuando me pidieron que hablase aquí, tenía la impresión de que tal vez fuera útil hablar de arte y de la arquitectura como arte. Esa quizá hubiera sido una conferencia fácil y agradable de oír; pero resolví decir, finalmente, en lugar de lindas palabras, la verdad sobre la profesión del arquitecto y la verdad sobre la arquitectura brasileña. Es, por tanto, una crítica, y como he sido invitado oficialmente, deseo decir algo que pueda ser útil para el futuro desarrollo de vuestro país. Hablaré de las cosas que pude observar aquí.

De aquí a dos días partiré. Puede ser que el avión caiga en los Andes. Deseo, por tanto, ser franco y sin trabas protocolarias; quedaría disgustado si no manifestase mi opinión: vuestro país está en peligro de caer en el más terrible academicismo antisocial con la arquitectura moderna.

Comencemos primeramente con los elementos de la arquitectura brasileña. Encontré aquí cuatro elementos importantes que forman lo que me gustaría llamar "un academicismo moderno". Su valor es más o menos el mismo que el de las columnas de los templos griegos, transformadas en columnas del Renacimiento y más tarde en clásicas. Volvieron fórmulas aplicadas sin razón. Encuentro como primer elemento la forma libre, la forma orgánica, la planta libre. Esta forma libre nació en el *Art Nouveau* antes de 1900. En el arte de hoy fué primeramente introducida por Kandisky en sus cuadros, aproximadamente en 1910. En su forma contemporánea son la expresión típica de Hans Arp.

Haber introducido estas formas libres en los proyectos de jardines es mérito de Le Corbusier; también él las introdujo en la arquitectura haciendo muros curvados y *roof gardens*. Finalmente, las llevó al urbanismo con su proyecto para la ciudad de Argel, en África del Norte.

La forma libre puede ser útil cuando se trata de seguir una función, de tornar una cosa más aprovechable; esto, por tanto, sería sólo una excepción. Pero la mayoría de las aplicaciones de las formas libres, descubiertas por nosotros, son puramente decorativas, y nada tienen que ver con una arquitectura seria.

El segundo elemento es el *pan de verre*. Esta es su historia: Walter Gropius construyó una fábrica en 1910; después, una casa de oficinas en 1914; en 1926, la Bauhaus, con fachadas enteras de vidrio. Esas fachadas, enteramente vidriadas, quedaron muy de moda. Le Corbusier comenzó a construir casas con esos *pan de verre*; pero éstas y las bellas realizaciones de Mies van der Rohe demostraron que este elemento no podía ser realizado sin aire acondicionado y un servicio técnico muy cuidado. Para proteger los *pan de verre*, Le Corbusier inventó, cuando no se soportaba el sol abrasador y la excesiva claridad, un tercer elemento: los *brises-soleil*. Estos *brises-soleil* son un atributo indispensable al uso del *pan de verre*.

Como cuarto elemento de la arquitectura llamada moderna tenemos los *pilotis*. En los últimos años cambiaron un poco su apariencia después de "la última moda de París", esto es, del estudio de Le Corbusier.

Antes de mi viaje al Brasil pensé, como muchos arquitectos de vanguardia europeos, que la solución de Le Corbusier, con sus casas sobre *pilotis* sin patios internos, sería el ideal de una ciudad futura.

A pesar de todo tenía alguna inquietud respecto a esa concepción urbanística, que yo mismo había difundido con cierto entusiasmo. He podido comprobar que el patio, que ha de ser sustituido por esta nueva concepción lecorbusiana, tiene aún funciones que cumplir.

Estudié este problema, que en los países nórdicos (Suiza, Alemania, Suecia) no desempeña un papel tan preponderante, pero que en Italia, España, sur de Francia tiene ya una gran importancia. Percibí que el patio interno tiene una misión que no puede ser eliminada. Es necesario encontrar las mejores soluciones de acuerdo con nuestra época, y, por consiguiente, utilizar la ventaja de los patios suprimiendo sus defectos. Esto sería mucho más orgánico que sustituirlos por edificios en forma de "cajas sobre *pilotis*".

En un principio, los *pilotis* eran rectos, y ahora comienzan a tomar las formas más barrocas. A primera vista se tiene la impresión de ver una construcción ingeniosa, pero no pasa de pura decoración. Doy un ejemplo. Hay en San Pablo un edificio en construcción. En ese edificio vi cosas terribles. Es el fin de la arquitectura moderna. Es un edificio antisocial, sin responsabilidad no sólo para aquel que va a utilizarlo

como inquilino, sino para aquellos que irán allí a hacer sus compras. Como no vi sino la construcción de los primeros pisos, no sé si el *pan de verre* y los *brises-soleil* también se aplicarán en este edificio. Pero allí encontré la última deformación de la forma libre y la utilización más extravagante de los *pilotis*. Es la selva virgen de la construcción en el peor sentido; es la completa anarquía. Escogí justamente ese ejemplo de un edificio en construcción porque todos pueden visitarlo. Esto no es un caso teórico, sino una realidad. Si vosotros no reflexionáis sobre las obligaciones del arquitecto al servicio del hombre y de la sociedad, podréis caer en errores semejantes, pues en el primer instante esta arquitectura puede parecer revolucionaria, y, por un mal entendido, una cosa semejante podría hasta ser considerada como obra de arte.

Es el más gigantesco desorden que he visto jamás en una obra. Me pregunto cómo puede haberse producido tal despropósito en un país cuya arquitectura moderna es tan conocida en el mundo entero, y en donde no se ven construcciones nuevas en los estilos antiguos. Me pregunto cómo en un país donde existe un grupo C. I. A. M., una revista como *Habitat* y una Bial de Arquitectura, se puede llegar a construcciones tan salvajes, de las cuales el ejemplo de esa obra que visité es el prototipo. Construcciones de ese género nacen de un hombre que no tiene modestia ni responsabilidad de sus deberes para con las necesidades humanas. Este espíritu decorativo es justamente el enemigo de la arquitectura, del arte de construir, de este arte social por excelencia.

La función del arquitecto en la sociedad moderna es la de tornar habitable y armonioso lo que rodea al hombre. Es el arquitecto quien efectúa la coordinación entre las diferentes necesidades del hombre y entre sus diferentes actividades. El da forma a las funciones disímiles: la vivienda, el trabajo, el esparcimiento. Si deseamos que el hombre no viva en condiciones análogas a las de las hormigas, cuyo hormiguero siempre se destruye, somos justamente nosotros, los arquitectos, quienes debemos dar una solución nueva a las necesidades de la Humanidad. Pero ¿cómo se presenta esta nueva forma? ¿Ha de tener inevitablemente los *pilotis*, la planta libre, los *brises-soleil* y los *pan de verre*? ¿Ha de ser tan fotogénica y espectacular? No lo creo. La arquitectura es algo que dura más que unos pocos años, que sobrevive a las generaciones.

Quizá piensen ustedes que mi punto de vista es un

poco estrecho y que una arquitectura funcional, en el sentido más elevado de la palabra, es aún muy fría. Ustedes piensan, probablemente, que la arquitectura es también un arte con expresión propia, destinada a llenar terrenos con homenajes a los artistas. Pero yo digo que ésta no es la función de la arquitectura. El arquitecto que obra de esa forma se hace ridículo. Este punto de vista nace del malentendido de que el arte de construir debe ser otra cosa que realizar una función útil en la sociedad, y del otro malentendido de que todo arte, y antes que nada las artes plásticas, deben ser lo que tan graciosamente se ha llamado *self-expression*, la expresión de uno mismo.

Esto no es arte ni es arquitectura. Arte es tornar una idea tan clara, tan objetiva cuanto sea posible y con los medios más adecuados. Una obra de arte ha de ser de forma tan perfecta, de expresión tan armoniosa, que su autor no pueda nunca cambiarla, ni agregar o quitar un trazo siquiera. En cuanto a la arquitectura, debe ser tan funcional como sea posible. La belleza de la arquitectura es perfecta cuando todas las funciones, su construcción, su materia y su forma están en perfecta armonía. Una buena arquitectura es aquella en la que todas las cosas funcionan, y en la cual no hay nada que sea superfluo. Para llegar a tal arquitectura, el arquitecto debe ser un excelente artista. Un artista que no tenga necesidad de hacer locuras para destacar. Un artista con absoluta responsabilidad para con el presente y para con el futuro. Cuando realiza un plano, un detalle, el mínimo pormenor de un edificio, ese arquitecto piensa: "Si encontrara de aquí a veinte años esta casa, no me debería contrariar el haberla hecho." Y será siempre muy severo para consigo mismo. No pensará en cómo podría impresionar a sus colegas o a las buenas personas o cómo sería de magnífica una publicación sobre su creación. No; antes que nada, permanecerá modestamente al servicio del hombre. Ustedes pensarán tal vez que éste es un punto de vista muy seco y árido, con el cual no se pueden cosechar muchos éxitos.

Doy fe, a pesar de todo, de que aquí en el Brasil existen suficientes fuerzas originales para liberar a la arquitectura de los principios académicos y superfluos que no tienen valor en este país. Tengo fe en sus fuerzas naturales para crear una arquitectura realmente moderna, de acuerdo con las excelentes condiciones naturales y con sus posibilidades económicas.

Para terminar, aconsejo no olviden los verdaderos principios de una arquitectura moderna:

1. La arquitectura debe ser, ante todo, modesta y clara.
2. La arquitectura es un arte, en tanto todos sus elementos (función, construcción, forma) están en perfecta armonía.
3. La arquitectura es un arte social, y, como tal, debe estar al servicio del hombre.